

**FELIPE II E ISABEL DE VALOIS,
UN MATRIMONIO POLÍTICO DEL QUE NACIÓ
EL AMOR, PROBADO EN LA FELICIDAD
Y EN LA DESGRACIA**

*PHILIP II AND ISABEL OF VALOIS, A POLITICAL
MATRIMONY IN WHICH LOVE WAS BORN, PROVEN
IN HAPPINESS AND MISFORTUNE*

**Hugo O'Donnell y Duque de Estrada,
Duque de Tetuán***

Recibido: 19 de junio de 2012

Aceptado: 7 de julio de 2012

Resumen: Don Antonio Rumeu de Armas dictó, hace ya 50 años, una memorable conferencia sobre la personalidad de Felipe II; en ella se caracterizó al hombre que en su cuarto matrimonio aunó la razón de estado con el amor; siempre presente, tanto en las circunstancias alegres, como en la terrible adversidad. El autor de estas líneas, que conserva vívido este recuerdo, rememora los momentos más significados del corto reinado en España de Isabel de Valois, que el ilustre académico canario supo tratar tan acertadamente y que versificó en su tiempo Alonso de Ercilla.

Abstract: Professor Antonio Rumeu de Armas gave a memorable lecture on Philip II's personality some fifty years ago; in it, he depicted a man who, with his fourth nuptials, combined State affairs with love, for these to stand side by side through later events, both joyful and adverse. This memory persists in the mind of the author of these lines who recalls the most significant moments of Elisabeth of Valois' short reign in Spain, brilliantly portrayed by the illustrious scholar from the Canary Islands, Rumeu de Armas and that were to be versified by Alonso de Ercilla.

* Miembro de Número de la Real Academia de la Historia. C/ De León, 21. 28014, Madrid. España. Teléfono: +34 91 420 26 11; correo electrónico: hugo.odonnell@gmail.com

Palabras clave: Felipe II, Isabel de Valois, Catalina de Médicis, Casa de Valois, Isabel Clara Eugenia, Infanta Catalina Micaela, Rivalidad hispano-francesa.

Keywords: Philip II, Elisabeth of Valois, Catherine de Medici, the House of Valois, the Infanta Isabella Clara Eugenia of Spain, the Infanta Catalina Micaela (Austria) of Spain, Spanish-French rivalry.

EN RECUERDO DE UNA LECCIÓN MAGISTRAL

El lunes 29 de abril de 1963 y en el Colegio Mayor Jorge Juan, se celebró un acto académico con motivo de la imposición de la beca de colegial de honor al catedrático de la Universidad de Madrid don Antonio Rumeu de Armas, bajo la presidencia del almirante don Marcial Gamboa y Sánchez-Barcaiztegui, amigo de mis padres. Don Antonio pronunció una memorable conferencia, «Felipe II, enigma histórico». No sólo asistieron profesores y alumnos del Centro, sino algún otro, aunque sólo fuera estudiante de 4º de Bachiller.

La exposición fue brillantísima; para más de uno supuso su primer contacto con una historia que, muy alejada del tedioso texto por gracia de un orador extraordinario que se salía de lo habitual, resultaba inteligible y amena. Para mí, una forma nueva y sugestiva de contemplar el pasado. Conservo, agradecido, apuntes sobre ello.

Don Antonio expuso los principales caracteres definitorios de la discutida figura de este rey, describiendo su físico, basado en los retratos de Tiziano y de Pantoja y su complejidad psicológica. Hombre tímido, de carácter misántropo e introvertido que le hacía y aún hace parecer ante las gentes como engraido y antipático, de difícil dicción y expresión oral... no muy popular ni aclamado pero absolutamente respetado, venerado incluso.

Sobre ese monarca imbuido de una concepción carismática del poder, cayeron, implacables, tres plumas enemigas contemporáneas de enorme éxito que forjaron buena parte de su «leyenda negra», traducida a todos los idiomas. Guillermo de Orange, le llegó a tachar sin ambages de bígamo, adúltero y parricida; su antiguo secretario Antonio Pérez se encargó por su parte de componer sobre su persona y reinado una imagen

inquisitorial y cruel; al abate y señor de Brantôme prefirió por su parte lo romántico a lo riguroso¹. En lo literario, César Vichard, Thomas Otway, Schiller y la ópera de Verdi «Don Carlo», adaptación musical de la anterior, se hicieron eco parcial de la misma infamia. Don Antonio Rumeu devolvió ante todos el perfil humano a un hombre de su tiempo y a una vida de intenso trabajo cuyo capítulo más difícil fueron sus relaciones con su hijo don Carlos, caricatura de príncipes y tarado por un doble vínculo sanguíneo. De valor incalculable las cartas a sus hijas, halladas en Simancas por Gachard, le descubrían como un hombre tierno y un auténtico «padrazo»². Gran amante de la naturaleza y rendido al culto a la belleza, se reveló como excepcional protector de las letras y las artes como demostraba El Escorial por dentro y por fuera.

A la hora de hablar de sus matrimonios, analizó don Antonio la «razón de estado» y «de corazón» de este hombre singular. Algunos afirmaban que don Felipe vio en su primera esposa a Portugal; en la segunda, a Inglaterra; en la tercera, a Francia, y en la cuarta, a Alemania. No vio personas, sino reinos. A esos cuatro móviles Rumeu, contrapuso otros cuatro, bien personales: vio en María Manuela de Portugal, la aventura; en María Tudor, la razón de Estado; en Isabel de Valois, el amor; y en Mariana de Austria la necesidad de un heredero.

Sin duda el trazo más sugestivo fue el de la figura de Isabel de Francia, o a mí me lo pareció. En recuerdo de aquella lección magistral imborrable y de su autor, dedico estas líneas a unos momentos especialmente sugestivos de un corto reinado de ocho años en España y en el corazón de su enamorado esposo, del corte que trazara Antonio Rumeu en plena época en que su figura real se cargaba de tintes negativos, hace ya medio siglo.

¹ D'ORANGE (1581) «Apologie... de très illustre prince d'Orange contre le ban et Mid publié par le Roy d'Espagne» (Anvers, 1581); «Relaciones de Antonio Pérez, Secretario de Estado que fue del Rey de España don Felipe II (París, 1598); «Oevres complètes de Pierre de Bourdeille, abbé séculier de Brantôme...» (Paris, 1848).

² GACHARD (1884).

EL APARENTE FIN DE UNA RIVALIDAD ENCONADA

«Desta guerra y rencores encendidos
entre la España y Francia así arraigados,
resultarán conciertos y partidos,
por una parte y otra procurados,
en los cuales serán restituidos
al duque de Saboya sus estados,
con otros muchos medios provechosos,
en bien de Francia y a la España honrosos»³

Toda la primera mitad del siglo XVI había estado marcada por la rivalidad hispanofrancesa que la nueva nación española parecía haber heredado de la ancestral de uno de sus reinos componentes: Aragón. El conflicto se había manifestado fundamentalmente en escenarios bélicos de Flandes y de Italia que, en poder de la corona española, constituían sus flancos separados y expuestos, y en el segundo de los casos, causa de disputa continuada por el Milanésado al Norte y los territorios continentales e insulares de la Península al Sur y al Oeste. Francia se consideraba heredera natural de los derechos angevinos a Nápoles y Sicilia, valorando además como amenaza la ocupación militar de Milán que, no sólo cerraba el acceso por tierra a estos reinos, sino que completaba el cerco territorial a que se sentía sometida por los Habsburgo.

Para lograr el éxito de su política Francisco I no había dudado en aliarse con el Turco en detrimento de los intereses de la Cristiandad y para escándalo de esta. Sus sucesores continuarían parecidas pautas, premiando también con crecientes dosis de tolerancia religiosa interna la colaboración de sus propios grupos heterodoxos nacionales y en algunas ocasiones de los foráneos. Esta actitud, que habría de prolongarse durante todo lo que restaba de siglo y la totalidad del siguiente, respondía a unos intereses pragmáticos en que la confesión religiosa, nunca cuestionada a nivel personal por sus monarcas, se supeditaba sin embargo a la conveniencia política. Postura diametralmente opuesta a la de sus oponentes españoles que, no sin

³ ERCILLA (1563), canto XVIII, estrofa 30.

esfuerzo, trataron de compaginar los intereses terrenales con los espirituales y en último caso, supeditaron aquéllos en beneficio de éstos. La larga guerra mantenida por Carlos I y continuada por su hijo se había podido presentar ante los ojos de los españoles, aunque no ante Roma, como una lucha entre el bien y el mal, generando un odio nacional contra el francés, sólo comparable contemporáneamente con el que los portugueses profesaban a los «castellanos».

La consecuencia marítima de la guerra con Francia (1521-1529) había sido la inseguridad constante de la ruta de Indias, creada por corsarios con base en puertos del Atlántico francés: Dieppe, El Havre, La Rochela o Burdeos. Los siguientes periodos de paz no habían determinado el cese de los asaltos por lo que a la obligación de navegar en conserva y sólo buques mayores se habían tenido que sumar unas Ordenanzas para guarnecer las naos de artillería, armas, pertrechos, marinería y artilleros en 14 de agosto de 1535.

La contienda semipermanente no había tenido más reposo que unas pomposas y sucesivas paces a las que se había llegado por agotamiento de los contendientes y que enmascaraban simples armisticios temporales por no solucionar de raíz los problemas pendientes. España como nación nunca había contado con reina francesa, ni parecía que hubiera posibilidades para ello.

El 3 de abril de 1559 se firmaba en Cateau-Cambrésis un tratado, más sincero que la mayoría, que pretendía eliminar todas las causas de discordia entre Francia y España, consiguiendo una paz justa en la que no hubiera ni ganadores ni perdedores. Las dos partes principales renunciaban a algo pero obtenían otra cosa, jurándose perpetua amistad entre reyes, sucesores y súbditos.

Ambas coronas se comprometían a colaborar en la defensa de la Iglesia y con lo que se dictaminase en el concilio general que se había iniciado en Trento en 1545, cuyos preceptos, como señalaría el padre Sigüenza, «se avian de eternizar y obedecer para siempre» y como era el sentir contemporáneo⁴. Recogido

⁴ SIGÜENZA (1909), vol. II, p. 432 y ss.

este anhelo como un primer artículo, que presidía y vigorizaba todos los demás dando a ambas naciones un objetivo común, respondía al hondo sentir compartido por los dos monarcas. Por lo que a Enrique II de Francia respecta, su previa política interior había dado cumplidas muestras de querer combatir la herejía, mientras que la exterior había sido continuación de la de su padre y en oposición permanente a España.

A dar finiquito a las causas tradicionales de confrontación y a subsanar las ocasionadas por la guerra iban destinadas todas las demás cláusulas. El propio Felipe II afirmarí­a años después: «[...] con la paz que se acertó estaban extintas y quitadas todas las pretensiones y ocasiones de contienda que podría haber entre nosotros»⁵.

A la devolución por parte de España de las plazas de San Quintín, Ham y Chatelet, y al reconocimiento de las tres ciudades eclesiásticas del Imperio —Metz, Toul y Verdun—, como definitivamente francesas, correspondía Francia con las de Thionville, Mariemburg y otras menores, reconociéndose a España la pacífica posesión de Hesdin y del Charolais. En Italia, España y Francia entregarían las plazas obtenidas en el Monferrato al duque de Mantua; Córcega sería en el futuro de los genoveses y Valencia del Milanesado de España. Francia se comprometía a devolver sus conquistas en Saboya a excepción de algunas ciudades en garantía del cumplimiento de otras obligaciones y a renunciar a sus pretensiones al ducado mantenidas por Francisco I.

El cabo peor atado sería el de la antigua plaza inglesa de Calais que, según lo pactado el día anterior, habría de continuar en manos francesas durante ocho años, para luego ser devuelta, obligándose Francia al pago de 500.000 coronas en caso de incumplimiento, quedando por ahora a salvo el reconocido derecho inglés. Con la pérdida final de esta plaza el título de los reyes ingleses de soberanos de Francia habría de convertirse en meramente nominal. En cualquier caso mantener una causa duradera de disputa entre ambos países obraba en favor de

⁵ Felipe II a Perrenot de Granvelle, Arganda, 21/12/1561. Archivo General de Simancas (A.G.S), Estado (E), Leg. K, 1495, fol. 103.

España. La cuestión saboyana tampoco había quedado resuelta del todo, pero un motivo de posible desavenencia del ducado con Francia o con Mantua convertía al Rey Católico en árbitro.

Como punto independiente y aval de los demás compromisos se establecían sendos contratos matrimoniales. La verdadera garantía del tratado de Cateau-Cambrésis la constituía el matrimonio de Felipe II con Isabel de Francia. La princesa Margarita, hermana de Enrique II, casaría con el duque de Saboya, cuya posición internacional se robustecía así como la supervivencia de su ducado, en justo pago a su victoria de San Quintín, causa última de la componenda, neutralizándose sin embargo la dominante influencia española con esta relación familiar con los Valois⁶.

Durante los festejos que celebraban la paz y el enlace, la lanza del conde de Montgomery, que justaba con Enrique II, penetró en el ojo del rey que murió poco después, el 10 de julio de 1559. El peor de los augurios para una corte en que la superstición campaba sin obstáculo. Como aparente compensación, la noche de Navidad de ese mismo año, tras cuatro meses de cónclave, era elegido como pontífice Juan Angelo Medichino, quien se consideraba miembro de la familia medicea, adoptando su blasón de roeles. A los ojos de Europa la elección del nuevo papa Pío IV no podía sino contribuir a la solidez y permanencia del convenio. De hecho el papa lo intentaría, pero habría de toparse con la franca hostilidad personal de la reina de Francia, Catalina de Médicis, que negaba radicalmente el parentesco que arbitrariamente se atribuía.

LA PRENDA DE LA NUEVA AMISTAD ENTRE LAS DOS CORONAS

«[...] Y para que más quede asegurada
la paz, con hermandad y firme asiento,

⁶ Con el tiempo y al destaparse las veleidades de la duquesa de Saboya en materia de libertad de conciencia, se comprobaría que España tendría que atraerse de nuevo a su órbita al ducado, acabando por tener que dar por esposa a la infanta Catalina a Carlos Manuel, hijo mayor y heredero de Manuel Filiberto y de Margarita.

con la prenda de Enrico más amada
contraerá don Felipe casamiento»⁷

España tendría reina francesa, conocida como *Madame Elisabeth* y no como *Isabelle*, Isabel de Valois, hija mayor de los monarcas galos, cuyas especiales dotes la exceptuarían desde muy pronto de la francofobia de sus súbditos, y de este matrimonio nacerían y sobrevivirían dos infantas: Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela, ambas igualmente orgullosas de su doble origen. La alta misión de la princesa francesa fue comprendida por sus contemporáneos quienes a partir de entonces la denominarían en Francia *Oliva de la Paz*, mientras que en España «[...] fue llamada de la Paz», como señala Cabrera⁸. Cervantes recogió la versión francesa en uno de sus primeros trabajos poéticos, señalando su misión de concordar lo «diferente», «De oliva coronando aquella guerra»⁹. En el arco de triunfo que se erigiría en Madrid con motivo del traslado de 1561, junto a sendos retratos de los reyes figuraría el siguiente rótulo: «Venga y sea muy bien venida la que la paz vino a dar».

Los 13 años, a punto de cumplir los 14, de la princesa francesa no eran causa de escándalo en los matrimonios reales de la época, ya que éstos suponían un compromiso vital cuya consumación se posponía a la edad núbil. Con un año menos se había casado su hermana Claudia, y su madre a los 14 con un mozalbete de 16. De sus hijas, Catalina Micaela se casaría a los 18, pero Isabel Clara Eugenia, constituiría una excepción: sometida al interés de estado y al egoísmo paterno, no lo haría hasta los 33 años, prácticamente fuera ya de la edad fecunda.

Al nuevo compromiso se sacrificaba otro anterior, mucho menos efectivo políticamente, el de Isabel con el príncipe don Carlos, ya que Felipe II era aún joven y vigoroso, pese a llevar

⁷ ERCILLA (1563), canto XVIII, estrofa 31.

⁸ CABRERA DE CÓRDOBA (1876-1877), p. 244.

⁹ Soneto escrito con motivo de la muerte de dona Isabel de Valois, esposa de Felipe II, y que se incluiría en la «Relación verdadera de la enfermedad, felicísimo transito y sumptuosas exequias fúnebres de la Serenísima Reina de España Dona Isabel de Valois, Nuestra Señora», LÓPEZ DE HOYOS (1569).

a la que se convertía en su tercera esposa casi 20 años. El engaño del príncipe de Asturias y la recíproca deferencia basada en la admiración de éste para con su madrastra y en la caritativa compasión de ella para con su enfermo entenado, darían lugar a injustas sospechas sobre una mutua atracción amorosa de las que se hicieron eco, tanto los enemigos contemporáneos de Felipe II, como los posteriores. Incluso darían materia a obras insignes, tanto literarias como líricas, del trasnochado romanticismo decimonónico, como ya hemos indicado. Estas suposiciones carecen del menor viso de realidad, aunque la boda paterna probablemente influiría en el creciente sentimiento de frustración del Príncipe.

A las ventajas políticas que contenía la alianza, se unía la esperanza de que Isabel de Valois fuera tan prolífica como su madre, quien había dado nueve hijos a Enrique II a partir del tardío momento en el que éste había empezado a atender a su esposa. En España la sucesión se sustentaba en ese momento sólo en un príncipe enfermo, corporal y anímicamente.

Isabel de Valois, aunque transmisora de los derechos a las coronas de Francia inmediatos a los de sus hermanos varones por ser la primera de las hembras, no era más que una *fille de France*, una princesa real, hija de reyes. La nueva reina de España no parecía destinada a transmitir a sus posibles sucesores derecho alguno sobre el trono francés, pese a ser la mayor de las hijas de Enrique II. Francisco, Carlos y Enrique parecían garantizar suficientemente la línea masculina¹⁰.

Aunque nieta e hija de rey, Isabel era también fruto de lo que en ese momento podría considerarse como un enlace genealógicamente dispar. Su madre nunca hubiera sido candidata como esposa ni de un rey ni de un delfín de Francia. La obsesión de Francisco I por crear un frente común con el papado contra España, le había decidido a aceptar el ofrecimiento de Julio de Médicis, Clemente VII, de casar a su sobrina con Enri-

¹⁰ Asesinado Enrique III tras haber muerto sucesivamente sus tres hermanos Luis, Francisco y Carlos, sin dejar descendencia legítima ninguno de ellos, Felipe II haría valer los derechos a la corona de Francia de su hija Isabel Clara Eugenia, que acabarían por desestimarse como contrarios a la ley sálica y en aras de la conciliación de los franceses.

que, duque de Orleans y segundo de sus hijos, a quien no tenía especial aprecio. En 1533, fecha de la boda, la sucesión en el trono francés parecía garantizada por su primogénito y los pocos escrúpulos que a su orgullo podían afectar, se vieron notablemente reducidos por una espléndida dote y una vaga promesa de cesión de Parma, Plasencia y otros territorios italianos pertenecientes a la sede apostólica. Catalina, como duquesa de Orleans, había tenido que sufrir el desprecio de Diana de Poitiers, la favorita real, que también heredaría como tal su marido como parte del legado paterno, y de la camarilla de su influyente entorno, pero a los tres años de su matrimonio, en 1536, moría repentinamente el delfín Francisco y se convertía la de Médicis en heredera consorte del Reino.

Por parte de madre, Isabel de Valois era por lo tanto nieta de Lorenzo II de Médicis, nieto a su vez de Lorenzo, *el Magnífico*. De su sangre italiana heredaría, tanto ella como sus hijas, las infantas españolas, un gusto exquisito, unos modales cortesanos en los que se combinaban la prestancia con el ingenio y la afabilidad, un gran amor por la literatura y las artes y una contagiosa alegría natural. Aunque la favorita Diana era legalmente la preceptora de los príncipes de Francia, Catalina de Médicis se había preocupado personalmente de la educación de Isabel de Valois, con mucho un éxito, lo que contrastaba con sus hermanos varones, entregados a ayos oficiales que no supieron desarrollar sus intelectos. Isabel, francesa de corazón y de cultura, era una princesa perfecta que interpretaba con acierto las composiciones musicales y desarrollaría en España su afición por la pintura, guiada de la mano de Sofonisba Anguissola, una de las mejores retratistas del momento, convertida en su dama de compañía. Las hijas que habría de tener de Felipe II, las infantas españolas Isabel y Catalina, no tendrían tiempo para recibir directamente la instrucción materna, pero su abuela Catalina se preocuparía de que no se olvidasen en su niñez de la nación y cultura francesa de su madre por medio de sus cartas y a través de las instrucciones a su embajador en Madrid, sin que a ello se opusiera en absoluto Felipe II.

En vida de su madre, Isabel Clara Eugenia, con poco más de dos años, fue ya capaz de escribir en francés a su abuela, a la

que no conocía sino por cuadros y descripciones; dirigida su manita por la duquesa de Alba y mostrando una gran precocidad. El embajador galo, señor de Fourquevaulx, se encargaba de mantener vivo el cariño y relación mutuas así como el apego a la patria de su madre. Preguntada con toda intención en una ocasión cómo se consideraba, respondió decididamente que española y francesa. Las infantitas, tan brillantes e instruídas como su abuela, serían paradigmas sin embargo de su educación española, mucho más austera e intransigente en materias de religión y morigeradas costumbres que la de la libertina y lujosa corte francesa.

Detrás de mucho de lo que era Isabel, aparece la figura materna: una italiana, hija de francesa, que, antes que madre y abuela, fue ante todo una gran política que supeditó todo al interés de esta nación y al prestigio de su corona.

Isabel de Valois era morena y no muy parecida físicamente a su madre, que era rubia, más alta, de ojos mucho más bellos y una voz más melodiosa, pero además de las cualidades ya citadas tenía su misma tez clara, sus esculturales manos y sus pies pequeños. Sus hijas, una rubia, como Felipe y su abuela materna, y otra morena, tendrían su misma tez, y aunque hermosas en su juventud, nunca igualarían ni a Catalina ni a su madre. No serían, para su fortuna, ni marcadamente Valois de nariz afilada, ni Habsburgo de mentón prominente y belfo grueso y caído. Sin duda la más parecida a Isabel de Valois sería su segunda hija, Catalina Micaela: alta, morena, clara, alegre y menos responsable e inteligente que su hermana, pero mucho más abierta a la sociedad y dotada del mismo don de fertilidad que su abuela materna. Cabrera describe a Isabel de Valois como «[...] pequeña, de cuerpo bien formado, delicado en la cintura, redondo el rostro trigüeño, el cabello negro, los ojos alegres y buenos, afable mucho...»¹¹. De carácter dulce y adaptable, no parecía hermana del indolente y tímido Francisco, ni del violento Carlos, ni del extravagante Enrique. Su inteligencia superior, el amor correspondido por su marido y sus profundas convicciones religiosas acabaron por identificarla con la causa

¹¹ CABRERA DE CÓRDOBA (1876-1877), p. 244.

española pese a profesar un profundo cariño por su familia de sangre y especialmente por su madre. Su hermano Francisco II señalaría la fácil sumisión de su infantil carácter indicando a Felipe II «Os ruego que la améis por el amor a la obediencia que encontraréis en ella»¹². Isabel había heredado el placer de vivir de Catalina, su alegría y su sentido del humor, pero sin su capacidad de intriga, ni sus supersticiones, ni su coquetería que hasta la muerte de su marido la había inducido a usar generosos escotes que mostraban la esbeltez de su cuello y la opulencia de su busto.

Isabel procuraría adaptarse, pero algunos aspectos de la vida y costumbres españolas nunca los llegaría a apreciar, echando de menos el bullicio y la brillantez de la corte francesa y los frondosos bosques y los sofisticados y cómodos palacios renacentistas que construyera su abuelo Francisco I. Su espíritu y sus gustos fueron siempre franceses. De ella diría muchos años después Antonio Pérez que «[...] era hermosa y valerosa, y por decirlo todo en una palabra Francesa...»¹³. Isabel de Valois era una consumada amazona que disfrutaba de la equitación y de la caza, aficiones tradicionales entre los miembros de la casa real española, pero significativamente parecidos a los de Catalina de Médicis, introductora en Francia del modo femenino de montar «a la amazona».

Enrique II había sido generoso en la dote de su hija y sus sucesores se mostrarían estrictos cumplidores de los vencimientos de la misma. Mediado el año 1561, Francia pagaría el tercer y último plazo del compromiso nupcial, que se estimaba en 500.000 ducados de oro «del sol», lo que venía a equivaler a un poco menos del gasto ordinario de la casa real española durante cuatro años. Cantidad elevada, pero no tanto si se considera que según lo acordado su aceptación y recibo equivalían a una renuncia de la princesa a cualquier herencia de sus padres.

Isabel de Valois se presentaba en España además con un enorme ajuar cuyo mayor volumen hubo de transportarse por

¹² Recogido por NADAL (1971), p. 149.

¹³ «Vida interior o reservada del Rey de España D. Phelipe Segundo, Padre del Príncipe D. Carlos». Biblioteca Nacional (B.N.) Ms. 11082, fol. 55v.

vía marítima. Trajes, joyas y muebles mostraban la opulencia de su casa, pero no era espectacularmente rica. De hecho, en su testamento que otorgaría en 1565, se vería precisada a suplicar a su rey y marido que ayudase a sus damas y criadas conforme a su calidad y personas y según costumbre, para sus dotes y casamiento «[...] porque yo no tengo tantos bienes con que las pueda dotar»¹⁴.

ISABEL EN ESPAÑA. UN DURO INVIERNO EN TOLEDO

Las exequias y el luto por la muerte de Enrique II retrasaron notablemente el paso de la nueva reina española de la raya fronteriza por San Juan de Pie de Puerto, entre ventiscas y tras despedirse en cada etapa en suelo francés de una tierra amable que pensaba no volver a ver y de unas feraces campiñas que, según le habían informado, no encontraría en su árido país de destino. Entregada formalmente en Roncesvalles el 6 de enero de 1560 por el duque de Vendôme, pasó por Pamplona y cruzó Castilla hasta Guadalajara, de acuerdo con un plan de ruta personalmente programado con antelación y desde Gante por Felipe II. En la capital navarra la esperaba la que habría de convertirse en su mejor amiga, pese a contar con once años más, y tutora de sus hijas, la infanta doña Juana, viuda del príncipe don Juan Manuel de Portugal, hermana menor de Felipe II y regente hasta el regreso de éste de Flandes en septiembre del año anterior.

No constituyó el menor de los problemas de la ruta el casi general desconocimiento de la otra lengua por parte de los séquitos español y francés, que había obligado a los propios emisarios de Felipe II, don Francisco de Mendoza, cardenal-arzobispo de Burgos y a su hermano don Iñigo López de Mendoza, IV duque del Infantado, a valerse del obispo de Pamplona, don Álvaro de Moscoso, como intérprete oficial.

¹⁴ Testamento de Isabel de Valois. Archivo General de Simancas (A.G.S.), Patronato Real, leg. 30, fol. 28.

Las damas de los séquitos español y francés pronto tuvieron ocasión de manifestarse mutuamente su poca estima, enfrentadas por cuestiones de orden de la Casa y de precedencia y protocolo. Ambos bandos pretendieron, desde el principio, dirigir las actuaciones de la reina y ante la prepotencia de las francesas, las españolas, encabezadas por la duquesa del Infantado, la propia anfitriona en Guadalajara, llegarían a protagonizar un «plante», negándose a asistir a algún festejo. Esta rivalidad continuaría en mayor o menor grado, con especial virulencia mientras fue camarera mayor la condesa de Ureña, con Madame de Montpensier, prima de Isabel, como más caracterizada entre las forasteras, en buen número, amigas de su niñez.

Felipe II hizo acto de presencia en Guadalajara tres días antes de la fecha prevista para la recepción de las bendiciones nupciales. Procedía de Toledo, sede de la corte, donde había preparado la futura residencia de los cónyuges, tras haber marcado la pauta a seguir de su futura política de intransigencia religiosa en el auto de fe de Valladolid en el mes de octubre y de haber reconocido públicamente como hermano natural a don Juan de Austria que con 15 años se integraba en la vida cortesana a cuyo brillo contribuiría. La joven e impresionable prometida no tuvo ocasión de presenciar para su fortuna el terrible auto que hubiera sin duda repudiado y al que sin embargo asistieron, demás del Rey, el príncipe don Carlos y la princesa doña Juana. En los primeros momentos de su reinado, Felipe II marcaba la pauta a seguir con la herejía, extremo al que no se llegaría en la aliada Francia.

«[...] mas vuestro Rey, con presta providencia,
preveniéndolo al futuro daño luego,
atajará en España esta dolencia
con rigor necesario, a puro fuego»¹⁵.

Teniendo el rey los naturales deseos de conocer a la novia en persona lo antes posible y siendo contraria a las buenas costumbres y al protocolo cualquier cita previa a la ceremonia, los caballeros de su cámara se las ingeniaron para que pudiese

¹⁵ ERCILLA (1563), canto XVIII, estrofa 34.

entreverla desde una tribuna oculta, costumbre que seguiría practicando en adelante y con cierta frecuencia en los actos públicos en los que el protocolo, su retraimiento natural o su dolor, le indujeran a ello.

El 31 de enero de 1560 se celebró el desposorio en el palacio plateresco de Infantado, oficiando el cardenal de Burgos en la propia cámara de la reina y luego en la capilla, privadamente, aunque con abundante acompañamiento de nobles, incluidos el duque de Alba, mayordomo mayor, el duque anfitrión y el de Brunswyck y actuando de padrinos el príncipe don Carlos y la princesa de Portugal. Era la ratificación personal de la boda celebrada por poderes y con Alba en representación del novio, que había tenido lugar el 22 de junio del año anterior en París. El dos de febrero se celebró la misa de velaciones, ya que la ceremonia del casamiento no la incluía.

Al acto principal siguieron torneos, justas, justas poéticas, mascaradas y corridas de toros, similares a las que se usaban en Francia, excepto estas últimas, que debieron sorprender a la princesa y poner de manifiesto el mundo tan diferente al anterior en el que vivía¹⁶. El 3 de febrero los reyes partieron hacia Madrid, villa en la que Isabel de Valois se fijaría por primera vez, y luego a Toledo.

La entrada de la pareja real en Toledo, en cuyo alcázar habría de instalarse, se produjo con la acostumbrada pompa de estas ceremonias el 12 de febrero. El 27 las Cortes de Castilla juraban al príncipe don Carlos, sólo algo mayor que Isabel, por heredero. Mientras tanto y casi recién llegada, ésta había sufrido unas fiebres que le impidieron asistir a esta función y que llenaron de incertidumbre a la Corte al empezar a mostrar una salud bastante menos fuerte de lo que su lozana apariencia externa aparentaba. El solemne acto puso de manifiesto que, aunque los frutos que del nuevo matrimonio se esperaban tendrían en principio que conformarse con la posición de segundones, la

¹⁶ Estas corridas, en las que se lidiaban hasta ocho o diez toros, aunque desaconsejadas y consideradas como «único resto de gentilidad» de la católica España por Pío IV, no serían prohibidas hasta el pontificado de su mucho más estricto sucesor, Pío V, en 1567.

situación podía variar ya que don Carlos era enclenque y mostraba la amarillenta tez de los enfermos crónicos de cuartanas¹⁷.

Para la recuperación de Isabel se había recurrido a cierta pócima enviada por su madre desde París, una vez que supo que se trataba de «viruelas secas y que se caen», cuyo objetivo era el de no dejar marcas en su fino cutis y que fue recibida con cierta prevención, dada la mala fama de hechicera de que gozaba la de Médicis entre los españoles.

Para acelerar su convalecencia, la reina empezó a efectuar algunas salidas a las ciudades próximas y cada vez en mayor número y de mayor duración a los bosques que llegaban hasta las deterioradas murallas medievales de Madrid; excelentes cazaderos donde pronto tuvo ocasión de mostrar sus grandes dotes de amazona y cazadora.

La vida en Toledo no se le hizo nada atractiva sin embargo a Isabel, como tampoco para el ejército de funcionarios, cortesanos y servidores, cada vez más numeroso y de estructura más complicada. En el incómodo y provinciano alcázar de esta ciudad eclesiástica de clima extremo, rodeadas de intrigas locales y conflictos entre estamentos chocaban dos esferas de poder tan decisivas como la cortesana y la arzobispal. Echaba en falta Isabel, tanto el lujo cosmopolita de París, como el solaz de la naturaleza domesticada de los palacetes y jardines de su tierra nativa, Fontainebleau. En Toledo tuvo que acompañar a su esposo al siguiente auto de fe dominical, ceremonia insólita para ella y que debió de impresionarle, sin comprender del todo el compromiso que mostraba con la religión y que en el fondo compartía y compartió en todo momento.

En Toledo recibió la noticia de la muerte de su hermano Francisco II, víctima de una infección de oído, operada brutalmente por Ambroise Paré —el cirujano de su padre—, y en su catedral se celebraron sus solemnísimos funerales el 24 de enero de 1561, con toda la pompa que reservaba Felipe II para semejantes ocasiones. Toledo era la residencia impuesta, mientras

¹⁷ Sus males se convertirían en irreversibles a raíz de la terrible herida que, en 1562, recibiría en la cabeza como consecuencia de la caída desde una escalera y que agudizaría los males físicos y mentales que en este momento sólo comenzaban a manifestarse como extravagancias y malos sentimientos.

que los bosques y las huertas que llegaban hasta los mismos restos de las murallas medievales de Madrid, así como su aire limpio y sus «viajes de agua» constituían su recreo.

Coincide la mayoría de los autores en estimar que mucho debió de influir en la decisión real de trasladar la Corte la afición de la reina y esta circunstancia, junto con la de ser Madrid de clima mucho más benigno y con la comodidad de obtener agua fuente, corriente y saludable, no debieron de pesar menos en el ánimo del enamorado Felipe II, que pasó por encima de múltiples inconvenientes ya que la villa carecía de la más mínima infraestructura; pero esa carencia casi constituía una ventaja ya que permitía todas las reformas que exigía la ingente máquina administrativa. El invierno de 1560-1561 había sido especialmente frío y con grandes nevadas y el calor para el verano se auguraba asfixiante. La influyente doña Juana también debió de contribuir en la decisión; convertida ya para entonces en la mejor amiga de su cuñada, era, además de madrileña, una partidaria decidida de esta opción, ya que, desde dos años antes tenía comprada en esta villa la antigua mansión nobiliaria de los Gutiérrez, donde habían nacido ella y su hermana María.

LOS AÑOS MADRILEÑOS DE FELICIDAD CONYUGAL

Cuando se concertó el matrimonio de Felipe II e Isabel de Valois, ésta era sólo una niña de 13 años, que jugaba con sus damitas y que vino a llenar con su belleza, su jovialidad y su alegría la Corte y la vida rutinaria del rey de España. No se convertiría en mujer hasta 1561, dos años después, pero por consejo de los médicos parece que no cohabitó con su marido hasta principios de 1562, de acuerdo con las costumbres de la época; lo que facilitó alguna aventura galante de don Felipe en este periodo.

En el verano de ese año empezaron a correr ya rumores por Europa, nacidos en el entorno de la corte francesa, de que la reina de España estaba embarazada, que casi inmediatamente fueron desmentidos, pero que revelan el nerviosismo de Catali-

na de Médicis que, aunque había tenido que cesar como regente por la mayoría de edad de Carlos IX, seguía rigiendo los destinos de Francia ante el desinterés de su hijo por los asuntos de estado, y precisaba reforzar su política interna mostrando una estrecha y duradera alianza con Felipe II que estaba muy lejos de llevar a cabo. El origen del infundio había estado en una indiscreción de la propia Isabel de Valois quien había escrito a su madre que desde mayo había tenido ya dos faltas en la menstruación, aunque sin atribuir la causa a la gravidez de un modo definitivo.

Es una época de despreocupación en que se combinan juegos de cañas y otras distracciones caballerescas, fiestas teatrales y representaciones de comedias con prácticas piadosas; para ambas doña Juana es la compañera ideal. Unos y otras se llevan a cabo entre obras y reformas del alcázar madrileño y de la propia Villa donde se intenta alojar, donde puede, la población palaciega que no tiene acogida posible en el primero.

En Madrid impera un enorme bullicio, que a su vez atrae a gentes variopintas de toda Europa y de todos los rincones de España. Cuando *Guzmanillo* en su Aljarafe sevillano, decide visitarlo, expone sus ventajas para un pillito: «[...] Madrid... donde todo floreció, con muchos del Tusón, muchos Grandes, muchos Titulados, muchos Prelados, muchos Caballeros, gente principal y, sobre todo, Rey mozo recién casado»¹⁸. Entre todos destacarán por su alcurnia los dos archiduques sobrinos de Felipe II venidos de Viena para educarse en España, contrarrestando de paso la influencia francesa.

«Vendrán a España a la sazón de Hungría
dos príncipes de alteza soberana,
hijos de César Máximo y María,
de Carlos hija y de Felipe hermana,
que acrecentando el gozo y alegría
harán aquella corte y era ufana:
el mayor es Rodolfo, el otro Ernesto,
que a la fama darán materia presto»¹⁹

¹⁸ MATEO ALEMÁN, «Guzmán de Alfarache» I, 2, 1.

¹⁹ ERCILLA (1563), canto XVIII, estrofa 36.

Todo viajero notorio francés o procedente de Francia es recibido con gusto por Isabel, que no puede evitar recordar con enorme nostalgia su familia, su patria y sus conocidos. Cuando en 1564 aparece por Madrid Brantôme, que regresa de participar en la jornada del Peñón de los Vélez a las órdenes del marqués de Villafranca del Bierzo, Isabel, muy cortésmente, le inquiera sobre su aventura, pero materialmente le asedia «[...] preguntándome noticias, en todo momento, del rey, de la reina madre, de sus señores hermanos, de su señora hermana, de todos y todas los de la corte, sin olvidar nombrarles a todos y preguntar por ellos...»²⁰. Aunque reconociéndose feliz en su correspondencia familiar y en sus manifestaciones, Isabel, dotada de un carácter sensible y muy encariñada con su familia, mantuvo a lo largo de toda su vida una inextinguible nostalgia de su país.

La corte madrileña atiende con fervor a las prédicas de Alonso de Orozco, *el santo de San Felipe*, quien, a pesar de residir en su celda del convento de San Felipe el Real, desempeñaba su función de predicador real con especial emoción. La reina introduce también en este aspecto sus usos y devociones francesas, haciendo copiar en talla al famoso imaginero de Baeza Gaspar Becerra, la imagen «de vestir» de una Virgen de la Soledad, representada con tocas de viuda en una pintura flamenca que Isabel de Valois había traído consigo. Su camarera mayor, la condesa viuda de Ureña, le puso uno de sus mejores trajes de luto de su viudez e Isabel dotó en 1565 una cofradía en España de la primera de estas características en el convento madrileño de la Victoria de la que se constituyó cofre para dar ejemplo a sus cortesanos que extenderían su actividad al campo de la beneficencia. Por otra parte, devota, aunque no ñoña, Isabel de Valois hizo uso frecuente de diminutos devocionarios o «libros de horas», auténticas joyas miniadas de la corte de Enrique II y sobrellevó con paciencia, incluso con alegría, los múltiples episodios adversos de sus dolencias y en pocos meses perfecciona su castellano.

²⁰ «Oeuvres complètes de Pierre de Bourdeille, abbé séculier de Brantôme...» (Paris, 1848) «Notices» p. X.

Culta y refinada como su madre, amante de la música, la pintura, la poesía, el teatro, el lujo y los juegos cortesanos, Felipe II favoreció todos sus deseos, aunque el gasto de su casa se disparara. Alonso Sánchez Coello, su retratista favorito y su dama y maestra de pintura, Sofonisba Anguissola, mostraron en sus lienzos su gusto por los vestidos lujosos, las sayas de raso bordado en perlas, las capas y ropillas de martas o de lobo y todo tipo de piezas de brocado, terciopelos y satenes y las joyas fabulosas que costeó, contento, el rey. Todo enaltecía la esbeltez de su talle, de la misma forma que la tersura y blancura de su cutis la destacaban las cremas y ungüentos que le enviaba su madre desde Francia junto con costosos perfumes confeccionados con ámbar, menjuí, almizcle o agua de rosas. También don Felipe le permitió conservar en Madrid al grupo de músicos instrumentistas franceses, que alternaban con el célebre vihuelista, *el ciego Fuenllana*, mientras organistas famosos como los Cabezón, adaptaban e incluían en su repertorio, junto a la música austera tradicional, melodías populares y piezas de inspiración francesa para tocar por conjuntos instrumentales en recitales que evocaban la tierra natal de la reina. Para festejar a Isabel, Mateo Flecha, *el Joven*, compone lo que algunos consideran la primera «zarzuela» española, titulada *El Parnaso*.

La contagiosa alegría de la vida, su *joie de vivre* en los espacios temporales que la enfermedad se lo permitió, animaron la vida cortesana en la que fueron frecuentes los bailes en los que Felipe II llamaba la atención por su excelente disposición y para cuya organización se trajeron del extranjero maestros de danza como el milanés Virgilio Bracesco que lo había sido de Enrique II y del delfín Francisco. Estiradas pавanas y aires cortesanos, como la «alta» o «el alemana» y alegres danzas de sonajas, folías y bailes portugueses, franceses y alemanes, se sucedían. La fecunda imaginación de su cuñada, doña Juana, colaboró con sus «invenciones» acordes con la moda pastoril y juegos cortesanos, como las «mascaradas» –grupos de danzantes enmascarados o disfrazados– de las que la del día de Reyes de 1564 fue de las más sonadas; en ella compitieron dos tropas de damas encabezadas por la reina y la princesa doña Juana, respectivamente, francesas y españolas volvían a enfrentarse en el lucimiento

personal. De tiempo en tiempo se contrataba compañías de actores profesionales para representar en palacio sus comedias, con decoradores caros como Giovanni Battista Bonanome y Juan Antonio Sormano, pero otras veces, los propios cortesanos improvisaban.

SURGEN LAS PRIMERAS ESPERANZAS DINÁSTICAS

Tras un largo periodo en el que diversas enfermedades de la reina se atribuyen tan efímera como insustancialmente a un estado de buena esperanza, en julio de 1564 se confirma el embarazo real, celebrándose en Madrid con fiestas y luminarias, pero desde el principio va mal y a los vómitos e incomodidades normales se van sumando alarmantemente procesos febriles con otras causas que acaban por provocar a los tres meses el aborto de los fetos de dos probables niñas, el 12 de agosto de 1564. El estado de la reina empeoró hasta encontrarse en verdadero peligro de muerte tras repetidas e inoportunas sangrías, hasta el punto que en Madrid se organizaron procesiones presididas por el príncipe don Carlos y los dos archiduques, mientras que el rey no se apartaba de su lecho. A las sangrías siguieron las purgas y el 21 de agosto, como última medida y siguiendo las instrucciones del único médico extranjero, el italofrancés Vincent Montguyon, se le suministró una droga conocida como panacea universal, el jarabe de agárico, en un biberón de plata. El doctor Montguyon, había sido enviado por Catalina de Médicis quien tenía en bajísima estima al nutrido cuerpo médico español de la Casa Real que, anquilosado en sus tratamientos tradicionales, con las inevitables sangrías y purgas, debilitaban la constitución de los enfermos. El obispo de Limoges, embajador de Francia, le consideraba el único competente, pese a la veintena larga de galenos que, en ejercicio u ocasionalmente, asistían a la reina, mostrando que la rivalidad hispanofrancesa se extendía también al campo médico²¹. La ingestión de esta pócima vino a coincidir con la mejoría casi inmediata de la

²¹ Para más información en este aspecto, BROOMHALL (2002), 1, pp. 1-15.

paciente, quien, sin embargo y a partir de entonces, nunca volvió a recuperar totalmente la salud.

El resto del año y buena parte del siguiente lo pasó Isabel convaleciendo entre especiales cuidados y moderadas diversiones, con el terrible presentimiento de no ser capaz de dar descendencia al rey, en un momento en el que las esperanzas puestas en don Carlos se iban disipando de día en día. El peligro vital pasado por Isabel condujo al momento de mayor unión entre los esposos. Felipe rompió con antiguas aventuras amorosas entre las que la más destacada había sido la mantenida con la doña Eufrasia de Guzmán, dama de honor de su hermana Juana, relación cuyo inicio sitúa Henry Kamen en 1559, indicando el final de la misma en 1564, momento en que quedó encinta, al casarla significativa y discretamente con el príncipe de Ascoli²², conclusión a la que llegó el ilustre hispanista a través de una relación del embajador veneciano Giovanni Soranzo²³.

En noviembre de 1565, el traslado de los restos del mártir San Eugenio a Toledo, y su paso a dos leguas de Madrid, brindó la oportunidad a la piadosa Isabel de salir al paso de la comitiva en Getafe, ya que sus fuerzas no le permitían reunirse con el resto de la familia real en Toledo, para impetrar su intercesión a fin de quedar pronto y felizmente embarazada. Esa misma noche, del 14 al 15 de noviembre, su festividad, la sugestiva Isabel creyó sentir que la gracia le era concedida, según su propia confidencia al nuevo embajador francés Mr. de Forquevaux.

A principios de 1566 se confirmó el estado de buena esperanza de la reina, a quien su madre, Catalina de Médicis, quiso proveer de pócimas contra el dolor y de mujeres asistentes y comadronas francesas desde el primer momento, mientras aconsejaba a su hija que hiciese caso de los médicos, sin comprender muy bien que no compartía su propia facilidad y fertilidad. Montguyon permaneció en la Corte, sin menoscabo para el nuevo equipo que, dirigido por Juan Pérez de Santander como médico real y del doctor Mena, había sustituido al que

²² KAMEN (1997), p. 90.

²³ ALBERI (1839-1841), serie I, vol. 5, p. 114.

encabezaba Hernando de Abarca. Felipe II nunca quiso consentir sin embargo en aceptar la oferta de su suegra de enviar comadronas, lo que podría hacer parecer que los medios puestos a disposición de la gestante no eran ni adecuados ni suficientes, respondiéndole un tanto adustamente: «[...] hay acá bastante recaudo con lo que ella tiene ya conocido»²⁴.

Pero la preocupación de Catalina era también compartida por Felipe y, junto con la alegría de la expectativa, que dio lugar a que se ordenasen regocijos públicos, surgió la sombra del temor a los riesgos que impuso el inicio de rogativas diarias en iglesias y monasterios²⁵; la propia Isabel de Valois, consciente de la necesidad de reforzar la sucesión de la monarquía española, tan sólo representada por el poco esperanzador Príncipe, empezaba ya a desesperar de tener sucesión tras el aborto sufrido y que había debilitado notablemente su naturaleza pasados ya siete años de matrimonio.

El estado de la reina aconsejaba dejar el alcázar madrileño en el que faltaba mucho por terminar y donde se apiñaban los diferentes salones, cámaras, retretes de los reyes, los de los asistentes, damas y criados y los que, dando a un largo pasillo, constituían los bufetes de secretarios y consejeros, y trasladarse a algún «real sitio» que le permitiera respirar aires campesinos y montañeros y practicar el aconsejable ejercicio de largos paseos a pie, descartada la equitación y la caza, que seguía recomendando encarecidamente la experta Catalina de Médicis.

Con contrapuestos sentimientos de esperanza y de temor, la pareja real estaba ya trasladada a Valsaín desde la primavera de 1566, del que ya habían disfrutado el verano anterior, estrenando sus últimos arreglos y adaptaciones «al modo de Flandes», con torres cubiertas de pizarra y un jardín con fuentes y elementos decorativos, de trazado entre flamenco y francés, en el que el gusto de la reina había tenido ocasión de manifestarse.

²⁴ Felipe II a Catalina de Médicis, Madrid, 28/3/1566. A.G.S. E. K. 1505, n.º 94.

²⁵ Su primera mujer, María de Portugal, había fallecido de fiebres puerperales tras el alumbramiento de don Carlos con sólo 17 años y algo más de un año y medio de casada, en 1545. El matrimonio con María Tudor no había producido fruto alguno.

Aunque cada día encontraba don Felipe ocasión para pasar un rato con su esposa, la tarea de gobierno le absorbía también aquí. La situación en Flandes aconsejaba su inmediata partida hacia esas tierras cuando aún era posible atraerse a buena parte de la nobleza local, descontenta con los disturbios, pero la intranquilidad que le produce el estado de Isabel se lo impide, ya que ni desea ausentarse en este momento, ni puede dejar los asuntos de España en sus debilitadas manos, pese a su probada inteligencia y sensatez. Él tampoco se encuentra bien y sufre frecuentes jaquecas, producto tal vez de su estado de ansiedad, justificando posteriormente no haber ido a los Países Bajos «[...] por aguardar el parto de la reyna, y avernos sobrevenido a ella y a mi las disposiciones que tuvimos tantos días»²⁶.

A diario se reúne el Consejo de Guerra, en el que, conforme van llegando peores noticias, los partidarios de la transigencia y el diálogo se van debilitando frente a los «halcones», encabezados por Alba. Un personaje político tan vinculado a la Casa Real, en su doble condición de consejero de Estado y mayordomo mayor, el conde de Chinchón, expresaría en un frase el sentir de los partidarios de la represión, con los que cada vez se va identificando más el rey: «[...] los herejes se endurecen con la blandura y se ablandan con la aspereza, fuego y armas»²⁷. En principio, la idea de Felipe II es la de ir personalmente y acompañado de la reina, en cuanto ésta se recuperase tras dar a luz.

En el propio entorno de Isabel, habitualmente ajena a las cuestiones políticas, la parentela de una y otra facción, Toledos y Mendozas, dignamente representadas ambas entre las damas y servidores, inevitablemente traslada las rencillas de los consejos a su alcoba, complicando aún más las relaciones de ese mundo mujeril en el que habitualmente se enfrentaban francesas con españolas, y jóvenes y viejas por cuestiones mucho más banales²⁸. Su cuñada doña Juana la acompaña en las largas veladas en los juegos de cartas y tejos y la vida transcurre apaci-

²⁶ Recogido por GACHARD (1848-1879), vol. I, doc. clxxvi.

²⁷ CABRERA DE CORDOBA (1876), II, p. 316.

²⁸ Ana de Mendoza y de la Cerda, la célebre princesa de Éboli fue dama y amiga de la reina. La duquesa de Alba por su parte, llegaría a alcanzar el puesto de camarera mayor de su casa.

blemente entre las clases de latín del dómine Dandio, las reprensiones de la guarda mayor de damas, doña Isabel de Castilla a las más díscolas, los encargos más o menos caprichosos al guardajoyas y los inmediatos conciertos de boda de alguna de sus damas como la francesa Leonor della Rovere, o la española doña Magdalena Girón, hija de su camarera mayor la condesa de Ureña, o doña Estefanía Manrique, hija de su mayordomo mayor, con la consecuente preparación de capitulaciones y dotes.

La correspondencia con la corte francesa es muy fluida y cariñosa en asuntos familiares y su embajador goza de grandes prerrogativas en este aspecto; más allá de eso, reina la suspicacia entre ambas. En asuntos familiares, sin embargo, Catalina de Médicis sigue tan solícita como siempre y continúa prodigando prevenciones y advertencias, lamentando no poder asistir en persona al inminente parto y enviando a su yerno, *Monsieur mon fils*, unas frecuentes y garabateadas misivas en francés que obligan a Felipe II, suficiente conocedor de este idioma a hacerlas transcribir a su secretario Gonzalo Pérez, ordenándole: «Sacad copias de todas estas cartas de la Reyna de buena letra por que se puedan leer»²⁹.

EN DEFENSA DE LOS INTERESES ESPAÑOLES

Isabel de Valois siempre se había mostrado orgullosa de ser francesa y aceptado las recomendaciones de su madre que favorecían esos intereses, consiguiendo un estatus especial para su representante diplomático al que había procurado posición e información privilegiadas en todo lo que ella creía que podía robustecer las relaciones entre las dos coronas. Su figura, gestante a la sazón de la infanta Isabel Clara Eugenia, aparece en este momento en los planes políticos de Felipe II, cumpliendo además con sus propios deseos como una cariñosísima hija y hermana que ya había renunciado a la posibilidad de volver a los suyos de por vida.

²⁹ Catalina de Médicis a Felipe II (nota marginal de éste). S/f. A.G.S., E., leg. K. 1496, n° 14.

La ocasión la propició un giro muy notable en la política francesa. En Cateau-Cambrésis se había concertado un matrimonio que sellaba la alianza hispanofrancesa sobre la base de una común acción frente a la amenaza herética que amaga a Francia, pero también a España, y que tanto Enrique II, como Felipe II, deseaban acometer. Muerto el rey francés durante los festejos nupciales de su hija, no pudo proseguir su iniciada política contra los calvinistas, reforzados por la conversión de dos familias de gran influencia: los Borbón-Condé, encabezados por el príncipe Luis y su hermano Antonio, rey consorte de Navarra; y los Montmorency-Châtillon, con el gran almirante de Francia, Gaspar de Coligny, constante animador de todo tipo de empresas contra los intereses de España. Multitud de nobles menores y burgueses del oeste y sur de Francia se habían sumado a estos líderes tan destacados, celebrando en mayo de 1559, dos meses antes de la boda en Nôtre Dame de Felipe II, un primer sínodo nacional en París.

La represión del calvinismo había continuado durante el corto reinado de Francisco II en el que habían controlado el gobierno sus tíos Guisa: Francisco, duque de Guisa; y Carlos, Cardenal de Lorena. La respuesta hugonote había consistido en el intento fallido de secuestro del rey francés que conocemos como Conjuración de Amboise de marzo de 1560. El inesperado fallecimiento de Francisco II en diciembre de ese año, que puso la regencia en manos de su madre, Catalina de Médicis, ya que el nuevo rey Carlos IX, era legalmente menor de edad, tuvo como consecuencia un cambio político impensable. El príncipe de Condé, cabeza de los conjurados salvó su vida y el canciller de Catalina, Michel de l'Hôpital, intentó un acercamiento que sólo podía repercutir en perjuicio de los intereses españoles.

Durante los años siguientes, muchos de los nobles proscritos se integraron a la corte y Coligny, restituido como almirante, aconsejaba reiteradamente romper el tratado de paz vigente y atacar los Países Bajos españoles. En septiembre de 1561 se convocó en Poissy un sínodo religioso para acercar unas posturas que probaron ser irreconciliables y en enero del año siguiente, el edicto de Saint-Germain otorgaba a los reformados libertad de culto privado en las ciudades, y público en el campo.

Catalina, que había optado por robustecer el poder real y hacer de la Corona el árbitro de las facciones, solicitó una entrevista con su yerno –el rey de España–, para explicar su conducta. Pero Felipe II, para quien la actitud adoptada suponía doblez y claudicación, se negó a ello y decidió intervenir en favor de los Guisa desde la movilización calvinista de 1562, apoyada abiertamente por Isabel de Inglaterra con el doble objeto de apoyar la causa protestante y recuperar la plaza de Calais, causa última que le permitía autoproclamarse «reina de Francia», refrendada en el tratado de Hampton Court.

En España se respira de nuevo ambiente anti francés y Tomás Perrenot, hermano del cardenal Granvela, expone al plenipotenciario español en Lodres, don Álvaro de la Quadra, las sospechas de espionaje y traición que sobre el entorno de la reina sustenta: «Yo tengo el trato de las damas que están en torno a la Reina por tan peligroso y malo, como el del Almirante y otros, porque son instrumento dellos»³⁰. Joseph Pérez culpa a Felipe II del inicio y prolongación de las guerras de religión francesas «[...] pues en vez de mantenerse estrictamente neutral, respondió a la petición de ayuda de los católicos, enfrentados a los calvinistas, que eran numerosos entre los allegados de Carlos IX»³¹. El rey español sin embargo defendió el espíritu de Cateau-Cambrésis, amenazado también en su expresión pragmática y territorial por la denuncia inglesa del mismo en forma agresiva.

Aunque la confianza de Felipe en Catalina era nula y la consideraba sagaz manipuladora y carente de criterios firmes, las circunstancias aconsejaron en 1564 intentar reactivar el tratado. De una parte, Flandes daba indicios de convertirse en el aviso político-religioso en el que llegaría a convertirse; con un partido calvinista poderoso en Francia, que podía retomar su alianza con Inglaterra, los planes españoles de pacificación se dificultaban. En Florida, estos mismos calvinistas, convertidos en colonos con patentes reales de Francia y alentados por

³⁰ Tomás Perrenot al obispo de Aquila, embajador en Inglaterra, París, 9/7/1562. A.G.S., E., leg. K. 1496, n° 102, y Tomás Perrenot a Felipe II, París, 1/8/1561. A.G.S., E., leg. K. 1495, n° 58.

³¹ «Historia de España» (Barcelona, 2006) p. 185.

Coligny, persistían en su propósito iniciado una década antes. De otra, probadamente fracasados los intentos conciliadores de Catalina y en plena crisis del poder real, parecía el momento adecuado para un nuevo giro político.

Para exponer sus exigencias el rey español no quería dar la cara y tampoco lo necesitaba si disponía de alguien que podía exponer su criterio a la perfección. El duque de Alba cumplía con esta exigencia, pero si se quería mantener una reunión «en la cumbre», su ausencia podía interpretarse como desaire. La componedora Catalina fingió aceptar las disculpas para la inasistencia de su yerno —no despertar las sospechas de los protestantes—, ampliamente compensadas en lo afectivo con la posibilidad de volver a ver a su hija preferida. Isabel de Valois encabezaría la misión destinada a conferenciar con la reina madre y el nuevo rey Carlos IX de Francia en la frontera entre ambos reinos.

El encuentro debía celebrarse en Bayona. El 12 de junio de 1565, Isabel de Valois se entrevistó con su hermano, el futuro Enrique III. Catalina de Médicis y Carlos IX esperaron a Isabel en Behobia, adonde llegó el 14. El 20 de junio se entablaron las conversaciones centrales en Bayona entre Catalina de Médicis e Isabel de Valois, acompañada del duque de Alba, que duraron diecinueve días seguidos. En ellas la reina de España mostró ser no sólo la introductora del Duque, sino la más fiel intérprete de la opinión de su marido, e intentó convencer a su madre sobre el peligro que representaba las «amistades peligrosas», la necesidad de combatir con energía la herejía y la conveniencia de una efectiva alianza militar con España que no pudiera verse ensombrecida con intromisiones en la ruta o en las propias Indias.

Para sorpresa de algunos, especialmente de Catalina de Médicis, Isabel actuó como cabeza efectiva de la comisión, totalmente identificada con el criterio de su marido y en defensa de los intereses de su nuevo reino. Sin embargo, las consecuencias de estas «vistas» fueron muy pobres: los asuntos principales se pospusieron con buenas palabras y componendas, como Felipe temía, y el compromiso concreto que debía refrendar con posterioridad el rey español nunca tendría lugar. Catalina, que,

ni quería un enfrentamiento con España, ni cejar en su política conciliatoria, prometió sin embargo combatir la herejía y volvió a poner sobre el tapete, con su enorme habilidad, el proyecto de enlace del príncipe heredero Carlos con su hija Margot³², al que añadió otra propuesta matrimonial: la de su hijo Enrique ¡con doña Juana!, que casi le duplicaba en edad. Dos propuestas inviábiles pero que debieron halagar a Felipe II.

Se trató de un fracaso político, pero que en lo personal e íntimo, permitió a Isabel ver por última vez a su familia y disfrutar de unos festejos en su honor que marcaron época: entradas, luminarias, festejos. A su regreso por Tolosa se armaron los «Tercios» festivos en su honor.

NUEVA GESTACIÓN Y NUEVAS ESPERANZAS

Una vez de regreso en Valsaín, el 27 de julio, la reina testa, como era costumbre en tal trance, e instituye como heredero universal a lo que naciere de su vientre, y si no viviere el tiempo a que las leyes obligaban, a su madre, la reina de Francia, y entrega el documento a su secretario y escribano real, Pedro de Hoyo. Distribuye también algunas joyas, como un hermoso brillante que ella misma comprara, cuya beneficiaria fue la francesa Santena o el magnífico rubí que le regalara doña Juana y que legó a su dama doña Leonor de Toledo. Sus médicos, son también recompensados en la medida que la reina los aprecia y otros caballeros de alcurnia, como sus mayordomos, reciben una manda con un digno eufemismo «para guantes»³³. Ninguna referencia específica al rey que había recibido su dote contra renuncia a cualquier derecho sobre la herencia de sus padres, ni al «mayor diamante que se sabe» que había comprado Felipe II a un flamenco llamado Carlo Affetato y entregado a Isabel como joya de la Corona.

³² Para encandilar a don Carlos, Catalina envió a Madrid un retrato familiar de los tres príncipes varones Valois, en el que aparecía ella con un retrato de su difunto marido, Enrique II, y Margot sosteniendo otro del propio príncipe español.

³³ Testamento de Isabel de Valois. A.G.S. Patronato Real, leg. 30, fol. 28.

Tras una gestación poco tranquilizadora, con frecuentes estados febriles, el primero de agosto se produce una falsa alarma de parto al creer la reina que habían comenzado ya los dolores. En realidad, padecía de unas tercianas desde días antes, lo que complicaba enormemente el nacimiento, con gran preocupación y cuidado añadidos. A partir de la una de la tarde del lunes 5 de agosto empiezan a sucederse los síntomas, y con ellos el tratamiento de los médicos asistentes: Juan Pérez de Santander, Mena y Vicente Montguyon. Los dolores propios del parto no empezaron hasta las dos de la tarde del domingo 11 de agosto de 1566 en que había tenido mucha fiebre, produciéndose el nacimiento tras una purgación, media hora pasada la media noche.

Mucho se ha hablado de cómo Felipe II supo disimular su decepción de no haber tenido hijo varón, esforzándose, tan sospechosa como meritoriamente, por manifestar no sólo su alegría sino incluso su preferencia por una hembra, aunque este deseo nunca lo hubiese expresado antes del nacimiento. La actitud real vino determinada por varias circunstancias coincidentes. En primer lugar, la supervivencia de la reina era ya en sí un regalo celestial que bastaba para satisfacer al rey, unido al hecho de que la posible infertilidad de Isabel quedaba descartada, pudiéndose esperar mejor suerte para una próxima ocasión; por otra parte, don Felipe se sentía con razón observado por sus cortesanos y muy especialmente por los embajadores de las potencias amigas, ante los que, como había ocurrido y ocurriría muchas veces más, convenía adoptar una actitud conforme con la voluntad divina.

La propia salud de Isabel, consciente y preocupada por la necesidad perentoria por engendrar varón, precisaba de esta actitud de don Felipe para paliar su propia decepción. Preocupado de que una inoportuna manifestación de su suegra Catalina influyese en el decaimiento de Isabel, le escribe, la misma madrugada del parto, y sin más demora que la obligada hasta comprobar que la salud de su mujer no corría riesgo inminente, pese a haber sido previa y preceptivamente informada de la nueva por su embajador Forquevaulx. Su intención la expone claramente, al señalar que su mujer estaría mucho más conten-

ta de haber dado a luz un hijo, por creer que ese hubiera sido el mayor de los deseos, no ya de su marido, sino de su madre, por lo que le ruega que le manifieste su satisfacción «[...] porque si fuese lo contrario creo que le daría mucha pena la cual sé, que V.M. no le desea dar», añadiendo, «Yo estoy tan alegre de verla buena y haber tenido tan buen parto que con esto lo demás tengo y tendré, por muy bueno»³⁴. La realidad no daba lugar sin embargo a tanto optimismo: la tarde del día 12 continuaba la fiebre y a las tres de la madrugada tuvo otro episodio, aunque más ligero, en el que no vomitó, volviendo a su estado normal a las ocho de la mañana, lo que satisfizo mucho a los médicos.

Catalina y Carlos IX por su parte, habían recibido información de que durante el parto el rey había estado tras una puerta a la espera de saber el sexo de la criatura. En cualquier caso, la madre estaba muy contenta de la reacción de su marido y convencida de que ésta había sido sincera: «[...] está más contento que con un varón» confesó entusiasmada a Forquevaux³⁵. El informe oficial sobre el buen estado de la nueva infanta pudo ser pronto comprobado por el cuerpo diplomático destacado en Valsaín bastante antes del bautizo, y todos los embajadores pudieron redactar informes coincidentes sobre su buen estado de salud y su perfecta constitución.

La niña fue bautizada en la tarde del domingo 25 de agosto y dentro de la propia Real Casa del Bosque de Segovia, sin la presencia oficial de Felipe II, que se limitó a seguir el rito desde una tribuna. Fueron sus padrinos don Carlos y doña Juana, aunque a la criatura la llevó a la pila su tío don Juan de Austria, por el estado ya avanzado de incapacidad del padrino. A la neófita se le impusieron los nombres de Isabel, Clara, y Eugenia, encabezando la larga lista habitual de abogados celestiales. Isabel, como su madre, pero también como su abuela paterna, Isa-

³⁴ Felipe II a Catalina de Médicis, Valsaín, 12/8/1566. «Colección de cartas de Felipe Segundo que existen en la Biblioteca Imperial de San Petersburgo». Carta 26, Biblioteca Nacional (B.N.), Ms. 11278, fol. 49.

³⁵ Forquevaux a Catalina de Médicis, 18/8/1556. *Bibliothèque Nationale Paris*. «Notices et Extraits des Manuscrits qui concernent l'Histoire de Belgique», tomo II, p. 209.

bel de Portugal y como su tatarabuela, la gran Isabel I, viva en el recuerdo de todos los españoles. La tradición obligaba a imponer en algún orden el nombre del santo del día, por lo que se llamó también Clara³⁶. Por tercer nombre recibió el de Eugenia, que respondía a la promesa de la reina de dar su nombre al primer fruto del matrimonio. El rey por su parte, se había encomendado diariamente a este santo a fin de conseguir un descendiente sano.

Los regocijos oficiales y populares que tuvieron lugar en España por este motivo, también encontraron eco en Roma, y, desde luego, en París, donde el Parlamento en pleno se dirigió procesionalmente a Nôtre Dame, en acción de gracias.

NUEVA GESTACIÓN Y NUEVAS ESPERANZAS

A principios de 1567, cinco meses después del nacimiento de la infanta Isabel Clara Eugenia, la reina inicia su tercera gestación, lo que no evita que al principio se intente poner en práctica el proyectado viaje a real a Flandes que todas las facciones del gobierno —belicistas o conciliadoras—, estiman necesario. La pareja real desea realizar dicho viaje conjuntamente, aunque en la corte francesa, que prefiere que la situación inestable perdure, se achaca con malicia este deseo no al cariño conyugal sino a la suspicacia de Felipe II que no se fía de dejar en Madrid a Isabel en la dirección del gobierno, oportunidad que contaba con aprovechar. Por ahora el rey no está decidido sobre si debe encabezar una expedición punitiva o bien presentarse en Flandes, como componedor, con un séquito exclusivamente cortesano. Albistas y ebolistas tratan de influir en uno u otro sentido.

³⁶ Para ser exactos, la niña no nació el 11 de agosto, día de Santa Clara, sino en la madrugada ya del 12. En algo debió de influir en la decisión de su madrina, la princesa doña Juana, favorecedora y fundadora de las clarisas madrileñas para que no se llamase Eusebia, que era nombre que le correspondía a los nacidos el 12, según el santoral. En cualquier caso, la víspera de una festividad notoria era considerada como parte de ese día, de acuerdo con el Oficio.

Tras desechar un largo viaje por mar y tierra de Barcelona a Finale en galeras y luego en etapas terrestres a través de posesiones propias o aliadas: Milán, Saboya, Franco Condado, Lorena y Luxemburgo, Felipe II decide utilizar la ruta marítima del Norte, por lo que se prepara una gran flota, se llega a habilitar una gran nave cántabra como real y capitana y se convoca a un afamado marino, Pedro Menéndez de Avilés, que acaba de expulsar a los colonos hugonotes franceses de Florida provocando una fuerte protesta diplomática, nueva muestra de ambigüedad de la política de Catalina de Médicis. El viaje sin embargo se irá demorando, mientras que los acontecimientos se precipitan para acabar impidiéndolo. Se analiza la posibilidad de que Isabel acompañe a su marido hasta que su estado aconseje su regreso para dar a luz en España, ostentando mientras tanto y de nuevo la gobernación de los reinos la princesa doña Juana, y pasando la reina a ocupar su puesto después del alumbramiento, pero esta solución acaba también por abandonarse. La gravedad de los acontecimientos obliga por fin a Felipe II a decantarse por una intervención militar que no desea encabezar. Comparte con la mayoría de sus súbditos la esperanza de que la nueva criatura por llegar sea varón, por lo que, decidido ya a apartar de la sucesión a don Carlos, lo que se impone como prioritario es esperar el nacimiento y proceder a hacer jurar a los reinos lo antes posible al nuevo heredero.

En esta ocasión la gestación de Isabel se desarrolla en Madrid de una forma bastante tranquila y normal, aunque alguna terciana sin mayores consecuencias venga en alguna ocasión a turbar este panorama, bajo las prescripciones de dieta y largos paseos por las inmediaciones del Alcázar, donde el Real Patrimonio se ha ido incrementando desde 1556 con la adquisición del Campo del Moro, la Huerta de la Priora y los terrenos sobre los que se construir mucho más tarde el convento de la Encarnación, y por los alrededores del propio Madrid: la Real Casa de Campo ya dotada de jardines, la Pradera, y el Prado de San Jerónimo con sus riachuelos, fuentes y arboledas. Aunque tiene prohibición de montar a caballo y de ir en coche o carroza, la reina es transportada en litera, frecuentemente acompañada por su cuñada doña Juana.

Felipe II sigue el tranquilo proceso desde cierta lejanía, embebido en los asuntos de estado que se complican y que parecen exigir su presencia. De hecho, días antes del parto, a finales de noviembre de 1567 se encontraba en El Escorial. En este nuevo alumbramiento Isabel no va a poder contar con el que ya había convertido en su médico de cámara, Montguyon, fallecido en agosto de ese año de 1567; otro médico francés, ofrecido por su madre como sustituto nunca llegaría debido a la suspicacia de don Felipe. Otra enorme pérdida sería la de doña María Girón, condesa de Ureña, cuya muerte privó a la reina de su mujer de confianza. El rey decide sustituirla por doña María Enríquez, duquesa de Alba, que si bien no reúne la habitual condición de ser viuda, cubre con creces todas las demás: es un personaje a nivel internacional, de cultura superior a la de las damas de la época. Dirigirá y administrará con energía la casa de la reina, durmiendo por la noche en un catre a los pies de su cama durante las ausencias de su marido desde que el 27 de abril partiera para Flandes, al mando de la expedición punitiva por la que se había decidido Felipe II. El nombramiento de la duquesa como camarera mayor garantizaba por otra parte el acatamiento y obediencia a su prosapia y carácter de las demás damas de compañía. Carlos IX y su madre se muestran contentos y agradecidos porque saben que contarán para el futuro con una asidua correspondencia postal que les tendrá bien informados de su salud y circunstancias. Don Felipe II escribe en septiembre desde El Escorial a sus religiosos de confianza, cabildos, y conventos, para que recen con instancia por el buen suceso de la reina, ya que «el término de su abultamiento se acerca» y de igual forma que él afirma: «[...] lo e hecho y hago ordinaria y continuamente»³⁷.

El 10 de octubre a las 10 de la mañana tiene lugar el esperado alumbramiento en el alcázar madrileño, y de nuevo se trata de una niña. Esta vez la decepción es más palpable y la reina lo disimula peor, conocedora de las grandes esperanzas de su esposo y de su madre, cuya mayor ambición es la de llegar a ser generadora de las futuras casas reales de Francia y de España.

³⁷ Felipe II al cabildo de Toledo, El Escorial 21/9/1567. B.N. Ms. 13040, fol. 113.

En una sincera confidencia al duque de Alba, el rey, sin dejar de manifestar la alegría que experimenta por ser padre de dos hijas, añade significativa y resignadamente: «Las tomo muy en paciencia y me parece que me están muy bien... y hasta ahora tengo harta más causa de hallarme mejor con ellas que con el Príncipe»³⁸. En las demás cartas a los grandes, las ciudades y los cabildos, se muestra mucho más formulista y protocolario a la hora de notificar el alumbramiento utilizando la fórmula habitual y considerándolo favor celestial.

El bautizo tuvo lugar el 16 de octubre, siendo padrinos el archiduque Rodolfo (el futuro emperador Rodolfo II), y de nuevo doña Juana. Aunque antes del nacimiento se había también barajado la posibilidad de llamar a lo que viniera con el primer nombre de Francisco o Francisca, en recuerdo de su abuelo materno Francisco I, se decide por imponerle el de su abuela la reina madre de Francia. En ambos casos, resulta evidente de nuevo el caballeroso deseo de Felipe II de destacar el lado francés. Isabel de Valois, por su parte, además de sentir un gran cariño por su madre, era una sincera devota de la abogada celestial de ésta, habiéndose encomendado en la hora de su muerte a la intercesión de la «gloriosa Santa Catalina» con ocasión de su testamento del año anterior.

Por segundo nombre recibió el de Micaela, sin precedente real ni en Francia ni en España, sino atendiendo de nuevo al del nacimiento, dentro de la octava del Arcángel protector³⁹.

EL COLOFÓN DE TODAS LAS ESPERANZAS

«[...] Pero la cruda muerte acelerada
temprano deshará este ayuntamiento
que el alto cielo así lo determina
y el decreto fatal y orden divina»⁴⁰

³⁸ Felipe II al duque de Alba, 22/12/1567. Recogido por PEREZ MINGUEZ (1925), p. 182.

³⁹ San Miguel gozaba de gran devoción general y especial de Madrid, cuya romería «del Santo Ángel» se celebraba con bullicio similar a las de San Antón, San Blas, y la patronal de San Isidro.

⁴⁰ ERCILLA (1563), canto XVIII, estrofa 32.

En noviembre de 1567, un mes después del nacimiento de Catalina, Isabel se siente embarazada de nuevo y empieza a llevar a cabo ciertas prácticas que alteran su salud, dando origen a su enfermedad fatal. Sus alteraciones no son sin embargo consecuencia de una nueva gestación, sino de trastornos nutritivos agravados con purgas y sangrías. Ante la posibilidad de que la Reina esté, realmente embarazada, don Felipe ordena de nuevo rogativas y sufragios públicos el 13 de enero de 1568, con la particularidad de no revelar el objeto ni la intención ya que este es doble: el feliz parto de su esposa y el que Dios le conceda un heredero varón.

Superada la anterior indisposición, a principios del verano Isabel de Valois se siente de nuevo indispuesta y los síntomas de su estado de gravidez, cierto esta vez, comienzan a manifestarse; pero los médicos se ofuscan en no reconocerlos como tales e interpretan su creciente gordura como una peligrosa obstrucción, comenzando un violento e inapropiado tratamiento al que ella intenta resistirse con todas sus fuerzas. En esta resistencia, inhabitual en la dócil paciente, quieren ver algunos que la Reina ni se cuida ni deja que la cuiden, ni cuando se le detecta una fiebre pequeña al principio, ni cuando con el tiempo, convertida en fuerte y «maligna» el tratamiento se acentúa.

Isabel se encuentra deprimida y llora con frecuencia por su fracaso como reina madre de un futuro rey y, aunque recibe más que nunca la solicitud, el cariño y el consuelo de Felipe II quien, aparentando no importarle su descendencia, le dedica todo el tiempo que puede, como nunca hasta entonces había hecho.

El 24 de junio muere a los veintitrés años en su reclusión domiciliaria madrileña el príncipe don Carlos. El continuo duelo de las campanas de la villa responden a las de Santo Domingo el Real donde cuatro años antes habían tenido lugar las fastuosas honras fúnebres del emperador Fernando I y allí se depositan sus restos a la espera de la terminación del panteón real que se construye en San Lorenzo de El Escorial y cuya primera piedra se había puesto en 1563.

Su muerte debió de impresionar en gran manera a la debilitada Isabel por lo inesperada, pese a los sucesivos atentados contra su salud que había llevado a cabo don Carlos, y por el

afecto correspondido con que el díscolo príncipe siempre la había distinguido. Tanto ella, que había llorado varios días, como su cuñada doña Juana, habían intercedido para paliar el rigor real con motivo de su detención y encarcelamiento, hacía ya más de cinco meses.

Aunque la desaparición del Príncipe abría enormes expectativas sucesorias a lo que había de nacer si era varón, el sentimiento de pena debió de prevalecer sobre cualquier otro en el corazón de Isabel y de afectarle profundamente en su estado anímico. Esas posibilidades las había señalado ya el prerspicaz y halagador embajador francés al tiempo de la reclusión de don Carlos que consideró como una exclusión sucesoria y así lo expuso a su señora: «[...] con ello sucederán, Dios mediante, los hijos de la Reina vuestra hija»⁴¹.

Ante el anuncio de la nueva preñez de la reina de España, Catalina de Médicis no quiere admitir otra posibilidad que la de que se trate esta vez de un varón, tras un doble aborto femenino y dos nacimientos de infantas «[...] para que yo pueda tener este contentamiento a mi vejez de os ver un hijo»⁴². En su última carta de fecha 14 de septiembre, que Isabel no recibiría viva, la madre es especialmente dura a este respecto y con motivo de comunicarle el feliz alumbramiento de su hermana Claudia, dos años menor que ella y casada con Claudio de Lorena, que ha tenido una niña ocho días antes le dice: «[...] guardáos de hacer vos otra porque os sería de perdonar menos porque no habéis hecho ningún hijo y ella tiene ya dos, que son muy bonitos», volviendo a insistir que moriría contenta si pudiese verla madre de varón⁴³.

El abultamiento de Isabel es sorprendente a principios de septiembre, para el poco tiempo que lleva en estado, lo que a juicio de su camarera mayor, incapacitada para hacer malos presagios, no puede deberse a otra causa que a un parto doble, lo que incrementa las posibilidades de que uno sea varón: «[...] parece que deben ser dos criaturas, pero contentaríamos con

⁴¹ Recogido por NADAL (1971), p. 249.

⁴² Catalina de Médicis a Isabel de Valois s/f. A.G.S., E., leg. K. 1510, nº 21.

⁴³ Catalina de Médicis a Isabel de Valois, París, 14/9/1568. A.G.S., E., leg. K. 1510, nº 28.

una si fuese varón»⁴⁴. No es este sin embargo el juicio de los médicos que, sin poder contar ya con la sensatez de Montguyon, siguen y seguirán opinando durante cierto tiempo que la indisposición real se debe a «mola o bola matriz» y empiezan a emplear brebajes encargados y a aplicar las temibles ventosas con la pretensión de liberar los conductos internos de la Reina, en contra de la opinión general y la de las comadres y matronas que son prepotentemente apartadas del lecho de Isabel. La última salida fuera de palacio la realiza la pareja real al santuario de Nuestra Señora de Atocha.

El 21 de septiembre el rey, que se encontraba en El Escorial, vuelve a Madrid al tener aviso de que las indisposiciones de Isabel se incrementan. A Forquevaulx, al que se suelen ocultar en ocasiones algunas cosas según parece convenir, en este caso se le habla claramente, ya que se le considera mucho más digno de confianza que sus colegas anteriores: «[...] Yo no he visto en su lugar otro embajador que trate con tan poco doblez los negocios» diría de él Zayas, el secretario real⁴⁵. Cuando Catalina se entera del grave estado de su hija, manda organizar un consejo de médicos paralelo en París, citando a consulta a los suyos y a los de Carlos IX. Su propia experiencia procreadora le advierte por diversos detalles de lo poco normal de la situación y parece temer que el caso de su propia madre, Magdalena de la Tour, muerta al nacer ella en 1519, pudiera repetirse.

Isabel se va agravando paulatinamente hasta que su estómago no llega a admitir ningún alimento ni medicina y a las seis de la mañana del domingo 3 de octubre, víspera de San Francisco, tras haber oído misa oficiada por su confesor y recibido la bendición de manos del cardenal Espinosa, solicita la Extremaunción. A las diez y media Isabel aborta una niña viva y bien formada de unos cinco meses, que recibe el Agua de Socorro sobre su madre y que muere casi inmediatamente. Hora y media después fallecía Isabel de Valois en plenas facultades, atendida por la duquesa de Alba y la marquesa de Frómista. ¡Sólo tenía vein-

⁴⁴ El secretario Gabriel de Zayas al embajador don Francés de Álava, Madrid, 4/9/1568. A.G.S., E., leg. K. 1511, n° 64.

⁴⁵ Gabriel de Zayas a don Francés de Álava, Madrid, 24/9/1568. A.G.S., E. leg. K. 1511, n° 76.

tidós años! Expuesto el cuerpo hasta el día siguiente, fue metido junto con el de la infantita y llevado a la capilla del Alcázar.

Entre los asistentes a sus últimos momentos quiso la Reina que se encontrase su confidente, el embajador Fourquevaulx que más tarde haría una emotiva relación de lo que Isabel le encomendó que transmitiera a su madre y hermano: que se preservase ante todo la paz con España, que se combatiesen con decisión las herejías en Francia y que ambos cuidasen de sus hijas, las dos infantitas.

A las exequias en Las Descalzas del 18 de octubre, no asistió Felipe II, ensimismado en su dolor en San Jerónimo, acentuadas ya para el resto de sus días su melancolía y su reserva innatas. Señala Antonio Cánovas que, al referir la muerte de la reina Isabel a su corte, Forquevaulx, le calificó de buen marido, pero notó, sin embargo, que a las tiernísimas palabras con que se despidió de él la joven princesa respondió siempre con fría constancia, como si creyese que no estaba su fin tan cerca⁴⁶. Resignado casi a todo, parece como si no quisiera en este caso aceptar lo inevitable.

En París Carlos IX y la Reina Madre ordenaron otras el 23 de octubre, de tal suntuosidad, que provocó protestas por parte del sector cortesano opuesto a Felipe II, ¡tal era el estado verdadero de las relaciones!⁴⁷ Con la muerte de Isabel de Valois cesaron los contactos personales entre España y Francia; Felipe II, decepcionado de la alianza francesa, no quiso afrontar otro matrimonio con Margot de nuevo como protagonista, y miró al Imperio para estrechar alianzas y buscar heredero varón. Peones políticos al fin, resulta triste constatar que la enorme atención que a las infantitas prestara su abuela, la reina madre de Francia, disminuyó enormemente al enfriarse las relaciones diplomáticas. Tampoco serían recordadas por ella a la hora de su testamento⁴⁸.

⁴⁶ CÁNOVAS DEL CASTILLO (1911), p. 110.

⁴⁷ En esta ocasión, la joven y menuda Margot, apareció realzada gracias a unos pantuflos de tres dedos de alto, ¡constituía la última gran baza nupcial femenina de los Valois!

⁴⁸ Las joyas y bienes raíces de Catalina, procedentes de la casa ducal de Urbino, pasarían a su hijo supérstite, Enrique III de Francia, al hijo natural de Carlos IX y a su nieta favorita, Cristina de Lorena.

BIBLIOGRAFÍA

- ALEMÁN, M. (1599). *Guzmán de Alfarache*. Madrid: Várez de Castro.
- CABRERA DE CÓRDOBA, L. (1876-1877). *Historia de Felipe II, rey de España*. Madrid: Real Academia de la Historia.
- CÁNOVAS DEL CASTILLO, A. (1911). *Bosquejo histórico de la Casa de Austria en España*. Madrid: Victoriano Suárez.
- D'ORANGE, G. (1581). *Apologie ou defense du très illustre prince d'Orange contre le ban et Edict publié par le Roy d'Espagne*. Amberes: Imp. Charles Syluius.
- ERCILLA ZÚÑIGA, A. de (1590). *La Araucana*. Madrid: Pedro de Madrigal.
- GACHARD, M. (1848-1879). *Correspondance de Philippe II sur les affaires del Pays-Bas*. Bruselas: C. Muquardt.
- GACHARD, M. (1884). *Lettres de Philippe II a ses filles les enfantes Isabelle et Catherine écrites pendant son voyage en Portugal (1581-1583)*. París: E. Plon.
- KAMEN, H. (1997). *Philip of Spain*. New Haven: Yale University Press.
- LALANNE, L. (1899). *Oevres complètes de Pierre de Bourdeille, abbé séculier de Brantôme*. París: Socièté de l'Histoire de France.
- LÓPEZ DE HOYOS, J. (1569). *Relación verdadera de la enfermedad, felicísimo tránsito y sumptuosas exequias fúnebres de la Serenísima Reina de España Dona Isabel de Valois, Nuestra Señora*. Madrid: Pierres Cosin.
- NADAL, S. (1971). *Las cuatro mujeres de Felipe II*. Barcelona: Juventud.
- PÉREZ MINGUEZ, F. (1925). *Psicología de Felipe II*. Madrid: Voluntad.
- SIGÜENZA, Fray José de (1909). *Historia de la Orden de San Jerónimo*. Madrid: Juan Catalina García.
- YANKO, A. (1999). *Vida íntima de Felipe II. Sus esposas e hijos*. Madrid: Ed. Libertarias.